

Alberto Mingardi

Capitalismo

Breve historia de una palabra

Traducción de Marco Aurelio Galmarini



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Capitalismo*

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

© 2023 by Società editrice il Mulino, Bologna
© de la traducción: Marco Aurelio Galmarini, 2025
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2025
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-970-6
Depósito legal: M. 3402-2025
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	I. Un extraño «ismo»
27	II. El gran enriquecimiento
48	III. Los enemigos del comercio
68	IV. La pasión por la razón
86	V. El siglo del Estado
106	VI. ¿Un paréntesis cerrado?
123	VII. Nuestro capitalismo, entre globalización y confinamiento
145	Agradecimientos

I. Un extraño «ismo»

1. Es una palabra errónea; erróneamente *pensada*, erróneamente *construida*. Pero también con un destino afortunado, lo que es fácil de comprender. Imagínese el lector por un instante en la Inglaterra de comienzos del siglo XVIII, en el momento de consolidación de lo que más adelante el historiador Arnold Toynbee (1852-1883) denominaría «Revolución Industrial». El modo de producción cambia a una velocidad desconocida hasta entonces, las novedades tecnológicas comienzan a despertar entusiasmo, en apenas unos años más se podrá llegar con el ferrocarril a lugares de los que tan solo se había oído hablar. Pero estas innovaciones son anunciadas por cambios de otro tipo, relativos a la *organización* de la producción. Es cierto que anteriormente ya había grandes empresas, pero se asemejaban a *networks* de operarios que trabajaban cada

uno en su casa. Era el *smart working* de la época. El empresario era propietario de las materias primas y lo sería también de los bienes producidos; a menudo financiaba las herramientas y el equipamiento necesario para su uso, pero confiaba todo eso a personas que trabajaban en su domicilio. No solo en agricultura la célula de consumo y la célula de producción coincidían con la familia, aunque ya había empresas que intentaban concentrar a sus empleados en un mismo sitio, como, por ejemplo, los hilanderos. La Revolución Industrial las multiplica y llena de fábricas el país.

A menudo las nuevas máquinas son muy voluminosas y no es posible reducirlas a dimensiones compatibles con su instalación en la casa de un tejedor o de un curtidor. Para decirlo en palabras de un gran historiador de la economía: «las nuevas tecnologías transformaron las dimensiones óptimas de la unidad productiva, con lo que introdujeron rendimientos crecientes allí donde antes habían sido constantes»¹; si se produce una gran cantidad de bienes, el coste de producción por unidad es menor.

La industria tiene una «tendencia centralizadora», como comprende perfectamente Friedrich Engels (1820-1895), pues no solo concentra capital, sino también personas: «el gran establecimiento industrial re-

1. J. Mokyr, *I doni di Atena*, Bolonia, Il Mulino, 2004, p. 189 (ed. original: *The Gifts of Athena*, Princeton, Princeton University Press, 2002; trad. cast.: *Los dones de Atenea*, Madrid, Marcial Pons, 2008).

quiere muchos obreros, que trabajan juntos en un mismo edificio y han de vivir juntos, de modo que allí donde surge una fábrica de un tamaño considerable, forman un pueblo»². Es cierto que los establecimientos fabriles no brotaban como hongos, pues durante buena parte del siglo XIX, las imponentes manufacturas que alojaban el hilado y el tejido coexistieron con *networks* de tejedores a mano que trabajaban en su casa; pero es precisamente su carácter masivo lo que hace que la fábrica se apodere del imaginario antes incluso que el paisaje. Las fábricas semejan cárceles en las que los obreros se ven sometidos a un nuevo tipo de funcionario: el reloj, que, inflexible, escande el tiempo del trabajo³.

En cuanto lugar, en cuanto complejo de instrumentos, espacios y personas, la fábrica sugiere que lo importante es lo que se ha *acumulado*, gracias a lo cual es posible comprar aquellos y emplear estas. ¿Cuál es la diferencia respecto de la antigua organización de la producción agrícola? La tierra, incluso la más fértil, da fruto, pero no produce otra tierra. Desde el inicio de los tiempos, el problema de los seres humanos ha sido precisamente el de explotarla sin agotarla, sin impedir

2. F. Engels, *La situazione della classe operaia in Inghilterra*, Milán, Edizioni Lotta Comunista, 2011, p. 82 (ed. original: *Die Lage der arbeitenden Klasse in England*, Leipzig, 1845; trad. cast.: *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, Tres Cantos, Madrid, Akal, 2020).

3. La imagen remite a un clásico como D. Landes, *Prometeo liberato*, Turín, Einaudi, 1978, p. 58 (ed. original: *The Unbound Prometheus*, Cambridge University Press, 1969).

que un suelo determinado siga dando frutos en el futuro. El capital, por el contrario, parece engendrar capital, pues los beneficios financian fábricas más grandes y herramientas más eficientes, se reducen los tiempos de producción y se acrecientan las cosechas.

Se trata de un proceso al que difícilmente se puede dejar de reconocer al menos ciertas ventajas, pero está marcado por la señal de un pecado original. John Maynard Keynes (1883-1946) admitía con gran sinceridad que en los cincuenta años que precedieron a la Primera Guerra Mundial se había producido, «con gran beneficio para la humanidad», una «inmensa acumulación de capital fijo» que «habría sido imposible constituir en una sociedad en la cual la riqueza hubiese estado equitativamente repartida»⁴.

Quien emplea la palabra «*capitalismo*» piensa justamente en esto. En la economía moderna, lo importante son los muros de los establecimientos, los aparatos que hay en su interior y el dinero para comprarlos y para pagar los salarios de los obreros. La gran transformación que experimenta Europa primero, y más tarde el mundo entero, es resultado del *capital*.

2. Hay quienes disponen de él y quienes no lo tienen, quien es propietario de los medios de producción y

4. J. M. Keynes, *Le conseguenze economiche della pace*, Milán, Adelphi, 2007, p. 30 (ed. original: *The Economic Consequences of Peace*, Londres, Macmillan, 1919; trad. cast.: *Las consecuencias económicas de la paz*, Barcelona, Crítica, 2016).

quien únicamente puede contar con su cuerpo y sus propias energías. El Devoto-Oli define el «capitalismo» como «sistema económico-social que se caracteriza por la propiedad privada de los medios de producción y por la *separación entre la clase de los capitalistas-propietarios y la de los obreros*»⁵. Aunque todos venimos desnudos al mundo, el capital es privilegio de unos pocos. Con frecuencia quien dispone de capital tiene la fortuna de contar con padres o abuelos que lo han acumulado para él, o bien (aunque estas dos cosas no se excluyen) es lo suficientemente inescrupuloso para obtenerlo a expensas de los obreros, a los que exprime por encima de lo que les paga; esa parte que no les reconoce es precisamente lo que constituye su fortuna. De esta manera está en condiciones de *acumular* cada vez más, lo que se traduce en la posibilidad de permitirse mejoras y ampliaciones, de emplear una fuerza de trabajo más numerosa y de producir, y en consecuencia vender, más mercancías.

Los obreros están en una posición de subordinación respecto de su patrón: deben hacer lo que este les manda a fin de obtener un salario a cambio. Esta condición se ve como una forma de «opresión». La fortuna de la palabra «capitalismo» reside precisamente en que permite este sobreentendido, como ocurre aún en nuestros días, en los que se la emplea como sinónimo de cualquier distorsión del *statu quo*. Pero aten-

5. La cursiva es mía.

ción, porque, aunque la gran organización de la fábrica pueda asemejarse a la organización jerárquica por excelencia, es decir, el ejército, la diferencia entre un ejército formado por reclutas y un establecimiento fabril es que en este último un trabajador puede marcharse cuando quiera, mientras que en el primero, no.

Es evidente que la producción masiva necesita tanto capital y maquinarias como edificios. A lo largo del siglo XIX, la población de Inglaterra se quintuplica. Hay más bocas que alimentar y más cuerpos que vestir. Las personas empiezan a concentrarse en las ciudades, donde, desde el comienzo, y durante muchos años, se instalarán las fábricas (la FIAT en Turín, la Pirelli en Milán, etc.). Vivir en la ciudad implica nuevas necesidades, que a su vez exigen nuevas producciones. En las ciudades «convergen y entran en estrecho contacto muchísimas personas, que representan una vastísima gama de gustos, capacidades, exigencias, producciones y tal vez manías», todo lo cual crea diversidad en el ambiente urbano⁶.

En cierta medida, los niveles de vida empiezan a mejorar, la innovación llega a la praxis médica y la higiene se convierte en objetivo de la política pública, pero sobre todo del mercado, campo de batalla de la competencia entre productos que hacen más saluda-

6. J. Jacobs, *Vita e morte delle grandi città. Saggio sulle metropoli americane*, Turín, Einaudi, 2009, p. 137 (ed. original: *The Death and Life of Great American Cities*, Nueva York, Random House, 1961).

bles los hábitos comunes (empezando por el jabón), a consecuencia de lo cual disminuye el número de defunciones infantiles. El aumento de la renta *per cápita* y la reducción de la mortalidad infantil van de la mano. Los cuentos de Dickens sobre el primer capitalismo lamentan que las crías humanas formaran también parte de la fuerza de trabajo, pero es lo que siempre había ocurrido en las economías agrícolas, donde, por cierto, las condiciones de vida de los niños no eran mejores. La novedad es que se convierten en *consumidores*. La Revolución Industrial también «industrializa» el juguete y lo difunde por doquier. Indudablemente, esto habría sido imposible sin máquinas, establecimientos fabriles y *capital*.

Para evitar equívocos, es preciso preguntarse si lo que marca la diferencia es realmente el *capital*. ¿Que la Revolución Industrial se produjera precisamente en ese momento, no antes ni después, se debió a que por fin la acumulación del capital alcanzó un nivel tal que la hizo posible? ¿Hay una suerte de «dependencia del capital» que determine el destino de las sociedades humanas, de tal modo que a quien tiene siempre le será dado mientras que a quien no tiene se le quitará incluso lo poco que posee?

Esto es lo que se piensa en general cuando se emplea la palabra «*capitalismo*», que, a pesar de lo que se cree comúnmente, no tiene su origen en Karl Marx (1818-1883). Su creador es Werner Sombart (1863-1941), quien le dedica un amplio estudio sociológico. Tal

como la utilizamos todos, todavía hoy, es obvio que el término tiene una connotación negativa. Deja intuir que existe un hilo invisible e indestructible que liga las riquezas de hoy con las de mañana.

3. En nuestros días estamos acostumbrados a oír hablar hasta la saciedad de «crecimiento» económico, y lo mismo ocurre con su ausencia. Hasta comienzos del siglo XIX, precisamente el momento de la Revolución Industrial, no había crecimiento ni se tenía idea de él. Era inimaginable que una economía *creciese* en el tiempo de manera sostenida, pues las oscilaciones de la producción eran mínimas y se vinculaban al ritmo de las estaciones y a factores geopolíticos (la paz es amiga de la producción; la guerra, su peor enemiga). Justamente por esto, las diferencias sociales, muy marcadas, contraponían una masa de miserables a un puñado de grandes propietarios de tierras. La movilidad social era sustancialmente desconocida: la hija de un latifundista no se casaba con el mozo de cuadra o con el chófer, como en *Downton Abbey*. Más extraño aún era que el mozo de cuadra consiguiera hacerse rico. Para ello existían elaborados sistemas de justificación del *statu quo*: el soberano era soberano por derecho divino y transfería una pizca de su estatus a sus señores feudales, que se comprometían a garantizar el orden público y de vez en cuando se sacrificaban en el campo de batalla.

Por lo demás, observaban un código de comportamiento que tenía la ventaja de otorgar a la riqueza el mis-

mo valor que a la silla de un caballo, lo que no deja de ser un detalle importante, pero no lo esencial. Provista como está de privilegios de nacimiento, la aristocracia da muestras de un exquisito desinterés por su bienestar.

El hecho de que las fortunas, y sobre todo las desgracias, se heredaran era por entonces menos motivo de escándalo de lo que llegó a ser en tiempos posteriores. Vivir en una sociedad en la que las clases sociales están separadas por fronteras infranqueables no deja margen ni siquiera a la fantasía. En la película de animación *Merlín el encantador*, al escudero Grillo jamás se le habría ocurrido que pudiera convertirse no ya en rey de Inglaterra, sino en simple caballero, y el anacrónico consejo del mago Merlín de estudiar para abrirse camino en la vida le parece una extravagancia. Únicamente la magia (la extracción de la espada) puede permitirle un salto hacia arriba en la escala social.

El sistema fabril ve enriquecerse a personas que no se limitan a ceder sus fincas en aparcería. Las fábricas y las máquinas apuntan a otra actitud: no basta con ser rico, es preciso seguir enriqueciéndose. Este es el motivo del beneficio, más aún, el *móvil* del beneficio, como de mala fe dicen los libros de historia que con mayor claridad dejan traslucir su orientación ideológica.

Que la sociedad se afane en acumular riquezas contribuye a hacer aún más inaceptable la diferencia entre el poseedor de los medios de producción y el que carece de ellos. Mientras la riqueza sea puramente fortuita, mientras nacer rico sea como nacer rubio o moreno, fla-

co o gordo, es tolerable, una casualidad entre tantas. Menos tolerable resulta a medida que crece la evidencia de que, aunque el destino, sin duda, desempeña su papel, también interviene la determinación de los individuos; cuando el rico no se conforma con ser rico, sino que quiere hacerse más rico. Y puede hacerlo porque, a diferencia de la tierra, el capital produce más capital.

La palabra «*capitalismo*» parece aludir a la arquitectura de un sistema. Es el mecanismo que hace posible este proceso, la urdimbre de instituciones y símbolos que permite a los ricos hacerse cada vez más ricos, mientras que los pobres, bueno... los pobres se quedan como están.

Por esta razón se trata de una palabra erróneamente *pensada*, erróneamente *construida*. Sin acumulación de capital, no habríamos tenido trenes ni aviones, no existirían las redes de banda ancha, no habríamos podido desarrollar cinco vacunas contra la COVID-19 en menos de un año. Nuestra vida es *acumulativa*. Efectivamente, sumar experiencias nos vuelve menos indefensos ante el futuro, lo que es igualmente válido en lo relativo a los recursos —sean muchos, sean pocos— que logremos ahorrar. Si hablamos de *capital humano* en referencia a lo que una persona aprende en su paso por la universidad, cuando cursa un máster o en calidad de auxiliar en su puesto en trabajo, es precisamente porque reconocemos que también las competencias y los conocimientos se *acumulan*.

4. La acumulación es mucho más antigua que la Revolución Industrial. Los faraones egipcios amontonaban riqueza e incluso se la llevaban al más allá. Lo mismo han hecho los soberanos y los aristócratas de muy diversos lugares y en distintas épocas. A menudo nuestras ciudades muestran señales de esta acumulación, por ejemplo, en los castillos almenados o en los ábsides ornamentados de las grandes iglesias. Al parecer, la Iglesia Católica posee unas 61 000 toneladas de oro (lo cual, como observa cualquier anticlerical militante, septuplica las reservas de oro de Estados Unidos). Sin embargo, nunca se nos ha ocurrido que la Iglesia tenga algo que ver con el capitalismo.

Acumular recursos es útil, pero con eso no basta. El capital, hemos dicho, parece producir capital. Pero no se trata, por cierto, de un proceso químico. Para lograr que el dinero produzca dinero, es necesario *invertirlo*. Mientras esté en cajas fuertes, no producirá nada. Solo se multiplica cuando es puesto al servicio *de los otros*.

Por supuesto a nadie se le escapa que un interés del 5 % sobre un capital de 10 000 euros significa 500 euros, mientras que sobre un capital de 1 millón de euros supone 50 000. Pero para que ese rédito se materialice es necesario que se cumplan ciertas condiciones. Por un lado, que dichos euros sirvan como auxiliares de otras actividades, que se conviertan en edificios en los que se desarrolle una producción y en máquinas a propósito para ese fin, pero, además, que tal produc-

ción tenga éxito. Esto último no es un detalle baladí. La mayor parte de las iniciativas empresariales, como cualquier otra actividad humana, fracasa. Tener éxito significa obtener un determinado bien o un determinado servicio y que el número de personas que los obtienen sea suficiente como para permitir a la empresa recuperar los costes en los que ha incurrido y conseguir algo más. Este «algo más» es el aborrecido beneficio.

La Revolución Industrial ha hecho algo que antes se desconocía por completo: poner los recursos económicos y humanos al servicio de la producción «masiva», que también significa producción de cosas «para» la masa. Con la economía moderna, ha escrito Edmund Phelps, llega la *vida* moderna⁷. Ropa de algodón y bicicletas, sartenes y bombillas alógenas, automóviles y *smartphones*: todo gira en torno a las necesidades y los deseos de un número cada vez mayor de seres humanos. En cuanto es puesto al servicio de tales necesidades y deseos, el capital se «autogenera». Para nuestros abuelos, una llamada telefónica era un lujo y obra de magia; para comunicarse con otra ciudad tenían que dirigirse a una telefonista, y hablaban poco porque cada minuto de conversación consumía fichas.

7. E. Phelps, *Mass Flourishing. How Grassroots Innovation Created Jobs, Challenge, and Change*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 2013, p. 55.

Quien esto escribe tiene edad suficiente como para recordar un anuncio de la SIP, aquel de la parlanchina enamorada cuyo enésimo «me amas, pero ¿cuánto me amas?» colma la paciencia de su padre, que estalla en un «¡pero cuánto me cuestas!». Hoy no solo estamos habituados a hablar por teléfono sino también a vernos la cara, incluso con personas que se hallan al otro lado del mundo, a precios irrisorios. Los más jóvenes han perdido el encanto por el ritual de la llamada y se envían larguísimos monólogos («mensajes de voz»). El capitalismo «genera» magias y se divierte convirtiéndolas en antiguallas. Es la manera en que el capital «produce» capital: persiguiendo a los consumidores.

Son estas novedades y este flujo constante de innovaciones lo que diferencia el mundo posterior a la Revolución Industrial del que la había precedido. Mejor que cualquier tratado lo explica Linus Barrabee, el protagonista de *Sabrina*, película de Billy Wilder, que encarna Humphrey Bogart. Cuando su hermano David (William Holden) le pregunta qué pretende «experimentar» con el desarrollo de un nuevo plástico, Bogart le responde que no es «nada del otro mundo», simplemente se trata de un nuevo producto que alguien encuentra útil, de modo que se abren nuevas fábricas en zonas hasta entonces poco desarrolladas «y, obviamente, por pura coincidencia, personas que antes nunca habían visto un céntimo se encuentren con un dólar».

Más importante que la acumulación de capital es la innovación, la cual muy a menudo se produce gracias al error, a productos que no despegan, a fábricas que no consiguen encarrilarse. Con el error se aprende; con el error se innova. Una historiadora de la economía, Deirdre N. McCloskey, ha sugerido no llamarlo más «capitalismo», sino «innovismo». Pero la fortuna de las palabras, ¡ay!, no depende de su precisión.

5. Aparte de exagerar el papel del capital, el término «capitalismo» presenta otro problema. Es un *ismo*. Cuando se habla de economía o de política, este sustantivo suele indicar un conjunto de ideas y preceptos más o menos coherente. El liberalismo es una constelación de liberalismos, y hay diversos matices de socialismo y de nacionalismo. Sin embargo, todos estos matices, aunque incoherentes entre sí, tienen como fundamento la articulación de ciertos valores y el desarrollo de determinadas premisas a fin de ofrecer a sus adeptos un repertorio de propuestas concretas, al menos en apariencia. Con mayor o menor probabilidad de realización, se trata siempre de *programas*, de proyectos de reconstrucción del edificio social o, por lo menos, de reacondicionamiento de las partes comunes. No es casual que cada uno de estos *ismos* tenga, de alguna manera, su «manifiesto».

La palabra «capitalismo» se emplea para insinuar que la Revolución Industrial ha producido algo semejante. Sin embargo, lo que el capitalismo sugiere es

exactamente lo contrario a un «proyecto» coherente. Los capitalistas afanados en multiplicar sus respectivos capitales están en competencia unos con otros, mientras que los consumidores, de quienes depende su suerte, tienen ideas distintas y preferencias variadas y, para colmo, son volubles y tienden a presentar diferentes exigencias con el paso del tiempo. Por una empresa exitosa, hay cien que mueren aún en pañales, y hasta las que más sólidas parecen pueden sentir que el suelo se hunde bajo sus pies. El filme *Blade Runner* fue rodado en 1982 y ambientado en una distópica Los Ángeles de 2019. Si bien en 2019 no estábamos rodeados de replicantes (aunque algunos partidarios de la teoría de la conspiración no piensen lo mismo), la película contiene fotogramas de ambiciones proféticas, como, por ejemplo, aquellos en los que las marcas de las compañías que han monopolizado el presente y el futuro ondean en el firmamento californiano. A excepción de Coca-Cola, se trata de *brands* como Atari y Pan Am, que los jóvenes reemplazarán por nombres inventados, no los de las empresas que a Ridley Scott le parecían destinadas a dominar el mundo. En mi época de estudiante universitario, los críticos del capitalismo estaban obsesionados con Microsoft y convencidos de que reinaría para siempre en nuestros ordenadores. A todos Google les parecía apenas algo más que el primo estadounidense de Virgilio (el portal web).

Así como de la mentalidad aristocrática perduró la idea de que el dinero es algo vil y poco más que bana-

lidad todo lo que a él se refiere, estamos convencidos de saber predecir el futuro de las mercancías y los mercados. Creemos infalibles nuestras intuiciones respecto de un determinado producto y consideramos una guía certera nuestro gusto personal e incluso nuestra interpretación de los gustos ajenos. Pensamos que con un restaurante en determinada ubicación se hará dinero, no dudamos de la naturaleza triunfal del producto. Suponemos evidente lo que no tiene nada de obvio porque confundimos dos planos: por un lado, el reducido grupo de personas con las que tenemos contacto directo y constante y a las que tal vez conozcamos como la palma de la mano, y, por otro, la sociedad en general, de la que damos por supuesto que ha de comportarse y razonar como nuestro entorno más cercano.

Hay quienes estudian muy atentamente el pasado de un determinado mercado para imaginar con fundamento su futuro. A diferencia de un sector aislado del mundo de las mercancías, el futuro de la economía de mercado tiende a escapar incluso al analista más sagaz. Esto se debe a que las informaciones de las que disponemos son siempre parciales e imperfectas y a que, contrariamente a quienes creen que el que mañana posea el capital será simplemente aquel que ya lo poseía ayer, no se contemplan las innovaciones, que a menudo llegan de donde nadie se lo espera o que encuentran aplicaciones imprevisibles. Si tomamos la «Fortune 500» (la lista de la revista *Fortune* que orde-

na las 500 mayores empresas estadounidenses por facturación) de 1955 y la comparamos con la de 2019, advertimos que hoy solo aparece el 10 % de las empresas que figuraban hace setenta años. En otras palabras, en setenta años, nueve de cada diez de las mayores empresas estadounidenses han dejado de serlo.

Se dirá que «capitalismo» podría ser un *ismo* no en el sentido de un sistema de ideas, sino en el de una condición o una actitud, a semejanza de escepticismo, optimismo, mutismo, estrabismo o alcoholismo. Si así fuera, deberíamos preguntarnos qué es lo que determina la condición «capitalista» de una sociedad. La respuesta no es fácil, pues entran en juego muchas y muy diversas cuestiones, como creencias e instituciones, por las que un determinado contexto resulta más o menos favorable. Estas creencias e instituciones pueden incluirse en otra categoría, amplia y porosa, la de la «libertad económica», que implica la libertad de los consumidores para *elegir* (no soy económicamente libre si solo puedo repostar gasolina de distribuidores estatales), pero también la libertad de los productores para *ofrecerse a ser elegidos* (no soy económicamente libre si no puedo abrir mi puesto de fruta en el mercado o vender mis artículos a un periódico si no estoy afiliado a un determinado colegio profesional). Lo mismo que todas las cosas del mundo, la libertad económica presenta una gradación: se puede ser más o menos libre, y hoy lo somos menos que hace veinte años, pero probablemente un poco más que hace cin-